

E. MIRET MAGDA LENA

HE oído la conferencia que dio Gregorio Peces Barba, desde su postura católica dentro del socialismo histórico español, en el ciclo organizado por Nueva Generación, el grupo de Ignacio Camuñas. Y he leído el libro de confesiones humano-religiosas de Alfonso Carlos Comín, que titula *Fe en la tierra, en el cual entona su cántico a la Palabra cristiana "en lo más hondo de la lucha de clases"*. El primero apenas habló del tema de este artículo; el segundo, en cambio, lo trata casi como tema central de sus últimos pasos de creyente.

El socialismo histórico en España se inspiró, antes de nuestra guerra civil, en Marx, pero de una manera muy peculiar. Por eso difícilmente encontramos entre nuestros predecesores de anteguerra un planteamiento dialéctico: "el punto débil del socialismo español... fue la ausencia de un pensamiento dialéctico" (E. Lamo de Espinosa —Filosofía y Política en Julián Besteiro—, Madrid, 1973).

Encontramos hombres religiosos entre ellos, como lo fue Fernando de los Ríos, que era "un espíritu fuertemente religioso" (V. Zapatero —Fernando de los Ríos—, Madrid, 1974). Pero Fernando de los Ríos es una excepción. Este socialista mantuvo una convicción religiosa heterodoxa, porque su radical e independiente "erasmismo" lo llevó a estar claramente fuera de las filas de toda Iglesia.

Hoy, en cambio, es muy distinto el panorama, tanto en España como fuera de ella: hay "creyentes que se apellidan marxistas y... marxistas que se consideran cristianos"; pero hay más todavía, "incluso los teólogos no manifiestan ningún empacho en incluirse dentro del marxismo" (A. Fierro —El Evangelio beligerante—, Ed. V. Divino). Esta es la realidad nueva, guste o no guste a quienes desde hace más de un siglo oyeron —y tras escucharlo lo corearon— que no se puede ser cristiano y verdadero socialista. Y esto, algunos grupos no creyentes, lo han repetido y repiten todavía, imitando a los católicos conservadores, porque no entra en su pensamiento ningún tipo de aceptación de ambas posturas, la cristiana y la socialista.

¿No sería, pues, útil, a unos y a otros, saber hasta dónde llegan algunos católicos en su reflexión acerca del socialismo científico? ¿No podríamos hacer un esfuerzo de objetividad, sin apasionamientos sectarios de creyentes tradicionales o de increyentes que son excluyentes, para observar y analizar hechos y valores alegados por quienes pretenden vivir ambas opciones?

Para usar un procedimiento pedagógico creo necesario distinguir distintos aspectos del socialismo científico que normalmente están unidos en la vida y convicción concreta de muchos de sus seguidores, aunque algunos, sin embargo, los separan. Yo llamaría a estos tres aspectos: una filosofía de

la praxis, el materialismo histórico y el materialismo dialéctico.

Muchos cristianos se plantean, sobre todo, el primer aspecto, el de la doctrina de la praxis. Leo al filósofo católico Jean Lacroix, y la define así: "No responde a la pretendida superioridad del pensamiento sobre la acción, con una superioridad de la acción sobre el pensamiento..., obra su pensamiento y piensa su acción..., no conoce dogmas, sino que vive un perpetuo vaivén entre una teoría, siempre puesta en acción, y una práctica que orienta la teoría..., es al mismo tiempo e indisolublemente un método de análisis de la realidad y un método de acción sobre la realidad" (Marxisme, existencialisme, personnalisme. Paris, 1955). Lo mismo que ha afirmado Mao Tse-Tung en su conferencia sobre La Praxis, pronunciada durante el mes de julio de 1937 en Yenan:

CRISTIANISMO Y SOCIALISMO CIENTIFICO

"La teoría... es una guía para la acción...; hay que partir del conocimiento sensible para elevarse activamente al conocimiento racional; después partir del conocimiento racional para dirigir activamente la práctica revolucionaria a fin de transformar el mundo subjetivo y objetivo. La práctica, el conocimiento, y después, de nuevo, la práctica y el conocimiento: esta forma cíclica no tiene fin".

Yo creo que una buena parte de la teología de la liberación —cuyo origen está en América Latina— se encuentra próxima a este planteamiento, y también aquellos cristianos para el socialismo que en ella se inspiran. Su punto de mira es un activismo reflexivo que pretende transformar las estructuras sociales que ellos aprecian como radicalmente injustas, y que es cristianamente justificado en los libros difundidos en España de los teólogos católicos Gutiérrez y Miranda.

Otros se fijan, sobre todo, en el aspecto que descubre el materialismo histórico, como lo define el teólogo Hervé Chaigne sacado de *El Capital*: "El modo de producción de la vida material domina en general el desarrollo de la vida social, política e intelectual". Este punto de vista es aceptado por determinados católicos —clérigos y laicos— que pretenden, en algún caso, inspirarse en este planteamiento para hacer una teología. Por ahí creo que van los teólogos Assman, Chaigne y Girardi fuera de nuestro suelo,

y, entre nosotros, hay también alguno que investiga inicialmente en esta línea. ¿Cómo ven ellos la inserción de la fe en este proceso explicativo de la historia humana? El padre Chaigne lo ve así: "En determinadas condiciones no son las fuerzas productivas, la práctica y la base económica las que juegan el papel principal, sino las relaciones de producción, la teoría y la superestructura...; así, la ideología, en consecuencia, goza de una zona de autonomía, en cuyo interior brota la trascendencia..., la creación...; hay, pues, un lugar histórico para la fe cristiana en esta zona de la trascendencia-creación" (La fe, fuerza histórica. Ed. Estela).

Hay algunos católicos que sólo aceptan este análisis en el orden socioeconómico, y ahí se quedan sin mayor generalización de la teoría sin aplicarla a otros campos. Así lo afirmó, sin criticarles por eso, el padre Congar, O. P., en su conferencia última por mí aludida en mi anterior artículo. El padre Domergue —también dominico— va más adelante, y admite la crítica de la religión hecha por el socialismo científico, y la admite porque opina que el cristianismo es una fe, que define en su estructura básica humana como "tensión, llamamiento a la movilización de todas las energías... hacia y para una liberación, una superación personal y colectiva..., y la fe así vivida no es alcanzada por la teoría del conocimiento que funda la crítica marxista de la religión" (La fe, fuerza histórica).

Por último, se halla el más difícil aspecto: el del materialismo dialéctico. Dos pensadores católicos —el profesor holandés Delfgaauw y el neuropsicólogo tomista doctor Chauchard— hablan de él como de una posible base filosófica para la reflexión cristiana. El primero dice: "El materialismo dialéctico no es en absoluto un materialismo en el sentido corriente de la palabra, sino más bien un realismo que reconoce resueltamente la índole propia del espíritu" (El joven Marx. Ed. C. Lohlé, Buenos Aires). Y Chauchard sostiene que "este materialismo dialéctico, que mantiene que todo es funcional..., cae fuera de las críticas espiritualistas, porque no niega ni la complejidad ni la originalidad de la vida ni del hombre... Santo Tomás tuvo la valentía de asimilar cristianamente el realismo científico materialista de Aristóteles..., por eso no tendría ninguna dificultad en aceptar hoy aquel otro como base de la metafísica cristiana para una acción unida de la humanidad" (P. Chauchard —Le maîtrise du comportement—, Ed. P. U. F. Paris, 1956).

Queda todavía una pregunta ante este último aspecto del socialismo: la cuestión del ateísmo. Otro día expondré el pensamiento que sobre ello tienen algunos católicos, para conocimiento de los datos completos del tema, base de cualquier discusión que se emprenda, aboque ésta a la aceptación o rechazo del socialismo científico.